



Homenaje a Héctor Campos Parsi

Alberto Rodríguez Ortiz, guitarra. Un CD. Nueva Venecia, 2004.

La Otra Guitarra

Es difícil ser guitarrista en una cultura como la nuestra. Siendo el instrumento gregario por excelencia, el medio imprescindible para animar fiestas, parrandas, bohemias y serenatas, la guitarra implica, necesariamente, la producción de una música que halague al oído e incite a la canción. En esta nueva y extraordinaria colección de música puertorriqueña para guitarra, interpretada por el joven guitarrista Alberto Rodríguez Ortiz, reconocemos la tradición musical nuestra —tanto culta como popular— a la vez que nos lanzamos al descubrimiento de una sonoridad nueva, inusitada —a veces insólita— y que no identificamos fácilmente con tan emblemático instrumento.

Desde Fragmentos de Miguel Cubano —unas variaciones de la plena Cuando las mujeres dignas de esa tradición que arranca con los adornos que el compositor norteamericano Gottschalk le dibujó en el Siglo XIX a la tonadilla de Si me dan pasteles, y que tituló Marches des Gíbaros— hasta el Tumbao del propio Alberto Rodríguez Ortiz, aquí estamos ante una reinterpretación cimarrona de nuestra tradición musical, es decir, lo antes escuchado, el

instrumento mismo por excelencia del jolgorio, se transforma en una exploración —allá en el dorado bosque— de sonoridades novedosas que apenas hubiésemos adivinado.

En Fragmentos los tempos se identifican no sólo con variaciones musicales sino con una gama de emociones, que van desde la nostalgia y el lirismo hasta la ironía y el humor. En esta pieza lo familiar es transportado a un

registro mayor, a una amplificada resonancia expresiva. La guitarra, instrumento vulnerable y arriesgado como pocos — cualquier error en la digitación resulta catastrófico— en las manos de Alberto Rodríguez nos muestra toda esa belleza contenida en su ejecución precisa, desde las notas graves hasta las más agudas. Fragmentos termina con un aura de

misterio que es la joya encontrada al final de la búsqueda, podríamos decir que la sorpresa expresiva como culminación de una ruta que comenzó evocando la festiva plena de Canario.

En los Tres Preludios de José Rodríguez Alvira se establece algo así como un ensayo de los tonos y las voces en que indagará la guitarra de Alberto Rodríguez en este disco compacto. Estos preludios tienen la magia de la miniatura musical, cierto minimalismo que asociamos con Webern o Thelonious Monk, esos encuentros de unas notas



colocadas ahí con la mayor armonía, aquélla que en la sencillez contiene complejidad; todo suena necesario y a la vez extraordinariamente sorpresivo. Aquí la música flota, es lírica, delicada y expresiva hasta el límite de una fragilidad casi quebradiza. En estos tres preludios la guitarra de Alberto medita estas formas musicales, es como una indagación en miniaturas encontradas en aquellos “gabinetes de curiosos” tan del siglo dieciocho. Pero la emoción jamás se ausenta del todo, ésta, más bien, nos revela su fugacidad, lo esquiva que resulta cuando su ambición mayor es la brevedad.

En los Tres Preludios del propio intérprete Rodríguez Ortiz nos adentramos en esa búsqueda de lo guitarrístico, de los límites y las posibilidades del instrumento. Es como el asombro ante lo que hace la propia guitarra, una meditación sobre sus sonoridades que a veces nos lleva a la sorpresa disonante. El uso del silencio entre las notas y acordes aquí resulta imprescindible, es justo el ritmo de esta meditación sobre la brillantez y oscuridad de la guitarra, estado casi estático que culmina en la intimidad melódica del misterioso Tumbao.

La cantilena de William Ortiz es justo la definición del lirismo que puede alcanzar una guitarra. Ahí siempre está presente la canción, el canto como trasunto, justo como tantas veces ocurre en ese Héctor Villalobos cuyas lecciones en lo que toca el posible lirismo de la música contemporánea acá nos llegaron a través de otro Héctor, nuestro Héctor Campos Parsi del Divertimento del Sur.

La cantilena ya nos coloca en el desarrollo de este disco compacto programado como una narración, y que culmina con una semblanza musical de Héctor Campos Parsi. Pienso que el mejor homenaje al maestro es retratar su particular manera de hacer música. Como la música de Campos Parsi era una suprema mezcla de lirismo e inteligencia, como su inspiración era la del “corazón inteligente”, en Homenaje a Héctor Campos Parsi Alberto Rodríguez retoma esa meditación lograda según la precisión y brillantez de las notas, exhibiendo un hermoso

registro medio de gran densidad y oscuridad, como el timbre de una contralto o una mezzo soprano, a la manera de la Poddles o la Simionato. Es la belleza de la intensidad que identificamos con el violonchelo, sólo posible en un instrumento cuya caja de resonancia es la madera. La Mazurca de Campos Parsi en arreglo de Alberto Rodríguez es una reinterpretación evocativa del folklore nuestro, esta vez con ese rigor de la música que no le hace concesiones fáciles al sentimentalismo. Fotografía de Héctor por el talentoso William Ortiz es una de esas semblanzas musicales en que se especializa Marian McPartland, se trata de simular o asemejarse al estilo del homenajeado, asumir su manera musical sin la indiscreción de la imitación o parodia.

La Sonata número 1 de Alberto Rodríguez Ortiz culmina este redescubrimiento y exaltación de la guitarra como instrumento lírico, quizás sólo superado por la voz humana. Completamos con esta sonata el inventario de sus posibilidades expresivas, especie de greguerías musicales o caprichos donde nuevamente se explora la majestuosidad del registro grave y medio, lo mismo que la finura de los agudos y pianísimos. Fiel a la canónica forma de la sonata, estamos aquí ante diversos temperamentos musicales que culminan con esa sutil melodía que se desvanece hacia el Finale.

La pieza de Ernesto Cordero Homenaje a Edgar Degas podría ser también un homenaje a Sorolla, o a Francisco Oller; es un retrato del significado del neoimpresionismo musical, cuya fijación con lo minúsculo y pequeño —¿de nuevo la miniatura!— es una manera de sugerencia sutil, desde las sonoridades ibéricas a la Ravel hasta esas instancias paisajísticas, evocativas, que tanto cultivó la música de Campos Parsi. Son momentos fugaces de introspección musical que a veces resultan fragmentarias al oído, pero que se recomponen, de alguna mágica manera, en una especie de paisaje interior.

El Coquí de José Ignacio Quintón en arreglo del maestro de la guitarra Juan Sorroche es, nuevamente, esa reinterpretación de lo tantas veces oído y jamás escuchado,

el redescubrimiento de la sencillez perfectamente evocativa de dos notas. La vivaz interpretación de Alberto Rodríguez nos ilustra lo que debe ser un clásico musical, justo aquella pieza que por común nos incita al reto de escucharla por vez primera.

Con Tumbao entramos en una recapitulación del significado de este disco asombroso interpretado por uno de nuestros más jóvenes y talentosos guitarristas. La intención ha sido rescatar, allá en el bosque cimarrón, y ahora acompañado por la percusión de Ricky Rodríguez y

Alberto López, una música de guitarra fugada del batey del jolgorio, del acabe y la serenata, de la parranda y la bohemiada, una música puertorriqueña para fugarnos hacia la contemplación de nuestro corazón inteligente, y algo solitario.

Edgardo Rodríguez Juliá

En Guaynabo,

A 28 de marzo de 2004